

tidos de la América, recordemos á los primeros esclavos que ella tuvo.

Cuando se descubrió la América, era ley que los vencidos eran esclavos por derecho de guerra y de conquista. El descubridor del Nuevo Mundo, hombre de su tiempo, declaró esclavos á los habitantes que la poblaban.

El primer cargamento que envió á Europa, fué un cargamento de indios esclavos.

Una mujer, una débil mujer, inspirada por los dictados del corazón, reaccionando contra las ideas bárbaras de su tiempo y moralmente mucho más grande que Colón, protestó contra el hecho en nombre de la libertad humana, y declaró libres á los indios, y los mandó restituir libres á la tierra natal.

Llamábase también Isabel, y la historia la conoce con el dictado de Isabel la Católica.

Desgraciadamente, el mismo sentimiento que redimía á una raza del cautiverio esclavizaba á otra raza desheredada, introduciendo al negro esclavo en la sociabilidad americana. Esta fué la triste herencia que recibió el Nuevo Mundo, y la que, oprobio de la civilización, constituye la gloria de los que la han extirpado en nombre del sentimiento humano.

Cerca de cuatrocientos años después, una Isabel Americana rompe las cadenas de los últimos esclavos.

A la salud de la Isabel redentora de cautivos, como ha sido llamada, inspirándonos en el glorioso ejemplo de su ilustre antecesora Isabel la Católica.

CXII

Á LA JUVENTUD DE BUENOS AIRES, EN SU MEETING DE  
LA UNIÓN CÍVICA

Septiembre 1.º de 1889.

He tenido el honor de recibir la invitación para asistir al meeting popular que la juventud de Buenos Aires celebra en este día, al inaugurar su ingreso en la vida pública, haciendo acto de presencia y de conciencia.

Sin necesidad de esa invitación me habría hecho un deber en concurrir espontáneamente á un acto que considero trascendental, si la leve herida del labio que recibí en estos días, no me dificultase el uso de la palabra para expresar de viva voz mis sentimientos.

Esto no impide que me asocie con toda mi alma, y aplauda este saludable movimiento patriótico, como el que en su ocaso ve brillar una nueva aurora de libertad, con la esperanza de que las generaciones sucesivas vean brillar otras auroras como las del sol de Mayo en 1810.

La juventud argentina se encuentra en el límite que separa la vida caduca de la vida nueva, y está en el deber de marcar en este punto su paso.

Al borde de la oleada de la última lava de las erupciones del Vesubio, se levantó un día una columna, con una inscripción escrita por mano anónima: «¡Posteridad! ¡posteridad! ¡se trata de tu bien!»

Al borde de esta otra lava de corrupción política que amenaza extenderse en lo futuro, en que el falseamiento de las instituciones y la anulación de los derechos del pueblo es la ley incondicional aceptada por la cobardía cívica, se levantará de hoy en adelante otra columna, con esta ins-

cripción, que ninguna mano podrá borrar: «¡ Juventud ! ¡ se trata de tu destino !»

A la juventud corresponde la iniciativa y la actividad política en la vida del presente así como el gobierno en lo futuro.

Dentro de muy pocos años, cualesquiera que sean los vaivenes artificiales que nos esperan, el Gobierno pertenecerá de hecho y de derecho á la juventud presente, y nadie ni nada podrá impedir su exaltación al poder en cumplimiento de la ley del tiempo y de la evolución moral que se inicia en este día.

Los que hayan servido con fortaleza y con fidelidad los principios del bien, serán glorificados. Los que traicionando su conciencia, traicionen los intereses del pueblo, no alcanzarán ni aun la triste celebridad de ser maldecidos, porque no quedarán ni rastros de su tortuosa marcha en los rumbos de la vida nueva.

La misión encomendada á la nueva generación, es de lucha y de labor, de fortaleza militante y de paciencia cívica. Es normalizar la vida pública, reivindicando la libertad del sufragio, á fin de encaminar los destinos de la patria por las rectas vías constitucionales, conciliando el hecho con el derecho, para mejorar pacíficamente el gobierno y hacerlo amar por sus beneficios en medio de la libertad de todos y para todos.

En el terreno del derecho, eliminada la violencia por parte del pueblo, toca al gobierno eliminarla por su parte en el orden político, á fin de normalizar la vida pública y restablecer el equilibrio constitucional alterado.

Así, la fórmula de gobernantes y gobernados, debe ser: entrar todos en el orden constitucional.

Con estos sentimientos y estas patrióticas aspiraciones, tengo el honor de saludar á la nueva generación que se congrega en este día, bajo los auspicios de la libertad felicitándola por el noble ejemplo que da al ponerse valientemente de pie en nombre de su dignidad y de sus derechos cívicos.

### XCIII

## UN SACO DE HARINA

### Á UNA MANIFESTACIÓN POPULAR

1889.

Señores: Acepto esta manifestación espontánea, así anónima como viene. No es un acto político, ni yo quiero darle un carácter público. Es una visita á las puertas de mi hogar, en mi retiro de ciudadano, que me muestra que no estoy desterrado de la memoria ni del corazón de mis amigos y compatriotas.

Es una reunión de familia en medio de la calle, y á la que doy un carácter de recíproca simpatía personal, interpretando los sentimientos de los que me dispensan este honor.

Somos viejos amigos. Hace más de medio siglo que nos conocemos, y cerca de cuarenta años que vivo la vida del pueblo argentino, sintiendo palpar los generosos corazones de sus hijos. He participado de sus alegrías, y sus dolores, de sus esperanzas y aspiraciones, acompañando como jornalero á los trabajadores por el bien público en su tarea diaria.

En este espacio de tiempo he acompañado la marcha de tres generaciones, desde la proscripción hasta la caída de la tiranía; desde los comienzos de la organización nacional hasta su reorganización definitiva; y he alcanzado las luces de este día, en que pueden divisarse en un futuro cercano, los destinos de nuestra patria en sus grandes horizontes.

¿Qué he hecho en este espacio de tiempo para merecer tan grande honor? (Voces unánimes en el pueblo: ¡Todo!) Lo preguntaba para contestarme á mí mismo. No hablemos de mis libros, que tal vez algún curioso leerá en lo futuro, como documentos ilustrativos de nuestra época; ni de mis discursos, palabras que se lleva el viento; ni de mis batallas—quiero decir de nuestras batallas—que nada son al lado de las que pelearon nuestros padres para darnos independencia y libertad.

Señores: Un inglés preguntó una vez á un yanqui: ¿que habían hecho los Estados Unidos de América que mereciese ser recordado por la humanidad? El yanqui contestó: Los Estados Unidos vieron nacer en su seno una mujer muda, sorda y ciega; la educaron, la enseñaron á hablar, hicieron irradiar su inteligencia encerrada en su sepulcro vivo, y esta pobre criatura pudo auxiliar á la Inglaterra en una época en que la Inglaterra padecía de hambre, con un saco de harina, ganado con su inteligencia y el trabajo de sus pobres manos. Y otro yanqui que esto oía, agregó: Y yo tuve el honor de llevar en mi buque ese saco de harina.

No pretendo haber inventado el saco de harina, que ha nutrido á las generaciones que he visto sucederse, y veo crecer; pero me ha cabido alguna vez el honor de ser su depositario.

La América del Sur, era también, ciega, muda y sorda, como aquella pobre criatura norteamericana que he recordado, cuando nuestros padres se echaron al hombro el saco de harina, cosechado por ellos, y nutrieron con él á la mitad del continente americano, al consagrar la comunión de la independencia y de la libertad de un Nuevo Mundo republicano, hasta entonces ciego, sordo y mudo también.

Con esta harina se amasó el pan de cada día, cosechado con el sudor de las frentes; con él se nutrieron Belgrano y San Martín; con él se fortalecieron los brazos de los combatientes. Con este pan se alimentó á Rivadavia, á quien no empachó el poder, y después de distribuirlo en el banquete popular en forma de instituciones,

fué condenado á sed y hambre de justicia, alcanzando la inmortalidad en el ostracismo nuestro primer hombre civil.

A veces, señores, es más fácil conquistar un recuerdo en la posteridad, que vivir en la vida de sus contemporáneos. Un hecho notable, de que un hombre sea autor ó mero instrumento, puede ser transmitido á la historia, que lo registrará como letra muerta. Pero para merecer vivir la vida del día presente en toda su intensidad, se necesita lanzarse á cuerpo perdido en la corriente de los acontecimientos; asimilarse las fuerzas vivas de la sociedad; interpretar los sentimientos, las aspiraciones, el ideal de todos y cada uno; identificarse en idea con el ser colectivo, ó por un acto deliberado de voluntad, producir un hecho modesto, pero fecundo, digno de ser catalogado entre los hechos que forman la conciencia pública.

Contestando ahora á la pregunta que hice antes, pienso haber producido uno de esos hechos modestos, que siendo el cumplimiento del deber estricto, me hacen vivir todavía en el presente.

He sido depositario del saco de harina, que ha alimentado por setenta y nueve años las fuerzas de la Nación Argentina; lo he considerado como un tesoro común; y si he metido la mano en él, ha sido para confortar y para confortarme, y entregar en toda su plenitud y sin menoscabo al pueblo, el poder que me había confiado, como lo he entregado sin guardar en mis manos ni un átomo del polvo sagrado. A este hecho modesto atribuyo las simpatías que mis conciudadanos se dignan dispensarme aún.

Creo haber cumplido mi tarea en lo pasado. Acompaño en su labor á los hombres del presente, y pronto estoy á desocupar mi puesto para que otro trabajador más robusto lo ocupe. Bendigo al Cielo que me ha permitido alcanzar la aurora de una nueva generación, á la que están confiados los destinos de nuestra patria en un futuro cercano. No estoy fatigado, y me hallo como siempre pronto á la lucha y al trabajo, según sean las leyes del destino.

Si nuestros destinos como Nación son seguros, nadie puede prever las tempestades que nos esperan en el largo

camino que tenemos que recorrer, hasta afirmar sólidamente las instituciones de un pueblo libre. Nubes lejanas parecen oscurecer nuestro horizonte, pero son pasajeras, y los astros guíadores no se apagarán en nuestro cielo, de que nuestra bandera es un reflejo, y el sol que lo ilumina un símbolo inmortal.

Para prevenir esas tempestades, para encaminar los destinos de nuestra patria por los rectos senderos, evitándose el dolor y la vergüenza de las revoluciones, yo deseo que no abandone al pueblo la constancia cívica, perseverando siempre en sus legítimas aspiraciones á la libertad y á la justicia que el acierto y la prudencia presiden á los consejos de los gobernantes; que la paz reine ahora y siempre en el hogar y en el corazón de los argentinos; y que llegue un día feliz, en que todos los hijos de nuestra tierra, de esta amorosa madre que nos alimentó en su seno, puedan romper en paz y amistad, el pan de los fuertes con que se alimentaron nuestros padres, y que el saco de harina de la ciega, sorda y muda, nutra en la virtud á las generaciones que vengan después. (Aplausos.)

XCIV

MEETING DE PROTESTA EN LA CANCHA DE PELOTA

Abril 13 de 1890.

En honor del pueblo soberano, ausente en los comicios, pero presente aquí, me toca el honor de ser el primero que hable en esta asamblea, y como mi palabra puede, en cierto modo, imprimirle su carácter y darle su significación, he pensado que debía consignar por escrito, para que conste, la fórmula concreta y colectiva del pensamiento y del sentimiento que en este día nos reúne, y reúne al pueblo de Buenos Aires en un solo pensamiento y en un solo sentimiento.

Conciudadanos: No hay necesidad de declararlo; la composición de este meeting y el espíritu que lo anima lo dice por sí: es un meeting de oposición popular y de saludable agitación política; de reivindicación y de protesta.

No es ésta una reunión de partido ni tampoco una coalición de partidos. Es una asociación de voluntades sanas, es una condensación de fuerzas vivas que responde á una necesidad imperiosa por todos sentida en las difíciles circunstancias político-económicas que atravesamos.

Toda la sociedad está aquí genuinamente representada.

Aquí están los hombres representativos de la opinión en lo pasado y en lo presente, que, divididos á veces por cuestiones transitorias, están unidos en un solo propósito y una sola idea, sin más aspiraciones que el bien común.

Aquí está la juventud, que es la esperanza de la patria, á la que está encomendada por la ley del tiempo gobernarla en días muy cercanos.

Aquí están todos los que no abdicar incondicionalmente su conciencia de hombres libres, y levantan en alto los

principios conservadores que salvan á los pueblos y consolidan á los buenos gobiernos.

Es éste, pues, un movimiento cívico con carácter social, la iniciativa de un movimiento nacional, que condensa el voto público y las legítimas aspiraciones del pueblo argentino en la única forma posible, dada la anormal situación política de la República.

Falseado el registro cívico y cerrados por el fraude los comicios electorales, lo que da por resultado la complotación de los poderes oficiales contra la soberanía popular, el pueblo, divorciado de su Gobierno, está excluido de la vida pública, expulsado del terreno de la Constitución. Sólo le ha quedado el derecho de reunión, coartado como está, y á su ejercicio apela para hacer acto de presencia y de conciencia.

Señores: Estamos aquí reunidos para dar un punto de apoyo á la opinión, sobre la base del programa de principios de la Unión Cívica; para hacer un llamamiento patriótico á los gobernantes en el sentido del bien público; para organizarnos políticamente, condensando en un centro de atracción las fuerzas vivas del patriotismo; para asumir decididamente nuestra actitud de resistencia y de protesta contra los que abusan del poder y contra la corrupción política que ha falseado las instituciones.

La misión encomendada á la nueva generación en esta obra—como lo dije al inaugurarse la Unión Cívica—es de lucha y de labor: es moralizar la vida pública y purificar el sufragio popular, encaminando al país por las vías constitucionales, para conciliar el hecho con el derecho y fundar el gobierno de todos y para todos.

Pisamos el único y el último punto del terreno constitucional de que no hemos sido expulsados. Mantengámonos en él, con el firme propósito de reconquistar el terreno perdido pugnando siempre por nuestros derechos comprometidos.

Con esta bandera constitucional y estos patrióticos propósitos, afirmemos una vez más nuestra decidida actitud de resistencia y de protesta. (Aclamaciones.)

## CXV

### Á LA MEMORIA

DEL DOCTOR GUILLERMO RAWSON AL RECIBIR SUS RESTOS MORTALES, EN NOMBRE DEL PUEBLO

Abril 25 de 1890.

Ciudadanos: El pueblo argentino recibe con amor y veneración en sus brazos, los restos mortales del más querido de sus hijos, repatriados por el Gobierno de la Nación para conducirlos en triunfo á la mansión del eterno descanso, derramando sobre ellos lágrimas y flores, en medio de un coro de bendiciones.

Llamado á ser el intérprete del amor y del dolor público en este acto solemne, creería ofender la memoria del más modesto y del más sincero de los hombres que haya producido nuestra tierra, tan fecunda en grandes caracteres, si pronunciase en honor suyo una sola palabra que no respondiese á la simpatía íntima que está en todos los corazones, y no obedeciera, interpretándola, á la voluntad de ultratumba, del que superior á las vanidades de la vida y á las pompas externas de la muerte, fué moralmente grande por instinto sano y por virtud nativa, encontrando la gloria sin buscarla, en el camino del deber.

Hay muertos que no hay palabras con que llorar, porque formando parte de nuestro propio ser en la vida y en la muerte, nos penetran con un sentimiento solidario, que palpita en las profundidades de la conciencia, identificándonos con su espíritu trascendental, y el Dr. Guillermo Rawson es uno de ellos.

Este es el homenaje más digno que puede tributarse á los hombres buenos, de alma selecta, que en la comu-

nión de las almas dejan impreso en ellas el sello indeleble de su ser moral, y el Dr. Rawson, que tuvo esta potencia asimiladora, lo ha merecido como pocos.

No corresponde su elogio póstumo á sus amigos y compañeros de trabajo en la lucha contemporánea, que comparten con él su responsabilidad ante la historia, cuando él vibra al unísono en los labios de dos generaciones que han recibido la herencia de su ser intelectual y moral, transmitida á los hijos de sus hijos, impregnando las almas con su esencia, y cuando es reconocido como un genio familiar y benéfico en todos los hogares argentinos, cuyo espíritu es un elemento integrante del carácter nacional, como el de Franklin en su patria, y que si nos faltase, nos faltaría un principio de vida interna y una fuerza impulsiva de conservación y de mejora dentro de nuestro organismo.

Su elogio póstumo corresponde principalmente á sus compatriotas agradecidos, por cuya felicidad trabajó con desinterés, con inteligencia y fortaleza, sin pedirle nada en cambio, y sin más aspiraciones que las del bien común, al ejercitar sus poderosas facultades en el gobierno, en la tribuna parlamentaria, en la cátedra de la enseñanza y en las meditaciones de su estudio, consagrándose con abnegación al alivio de los dolientes en las calamidades públicas y en las privadas. El corresponde de derecho, como una continuación de su fecunda tarea, á sus colaboradores en la ciencia en sus diversas ramas, que dilataron junto con él la esfera de los conocimientos que han de servir y sirven á la mejora y al progreso de la comunidad argentina. Corresponde muy especialmente á sus discípulos, que desde lo alto de su cátedra y durante la mitad de su vida han recibido en su palabra de miel nutrida de saber, sus lecciones severas á la par que amables, que les han dado su temple, formando escuela. Corresponde también á sus comprovincianos, como reparación del olvido en los últimos años de su vida, al hijo que más honor les hace á la par de Sarmiento, de Aberastain y de Carril.

Estos elogios fúnebres formarán su corona cívica, su

corona científica y social, y esa corona del obrero del progreso que reverdecirá en la cabeza de sus discípulos, iluminadas por los reflejos de la luz inextinguible del maestro.

Por lo que á mí respecta, concretando mi pensamiento y mi sentimiento, puedo dar testimonio de que jamás encontré en la vida, en días de verdadera prueba, un ser más bellamente dotado, que más se acercase al ideal de la perfección moral.

El Dr. Guillermo Rawson era, como hombre intelectual, un sabio, un constitucionalista, un gran orador, que ponía sus grandes facultades al servicio de sus deberes; y como patriota, un representante de los principios fundamentales de la democracia por gravitación espontánea, y un republicano por temperamento, que amaba la libertad, con pasión intensa. Pero era sobre todo un hombre de conciencia armoniosamente equilibrada; un carácter, que tenía en sí el resorte elástico, pero bien templado de las voluntades persistentes en el sentido de sus creencias; una alma de gran elevación moral, que alcanzaba el nivel de las naturalezas superiores y reposaba en su centro de gravedad, condensando en sí todas las grandes cualidades que hacen vivir y amar á los hombres aun más allá de la muerte.

Jamás la estatua humana se asentó con más equilibrio sobre pedestal más incommovible, alumbrada por luces más apacibles. La arcilla en que se modeló, se ha roto; pero nos queda su espíritu, que vive y vivirá en nosotros y en nuestros descendientes, y en todos los que como él practiquen la virtud como un acto normal, busquen el bien con anhelo, amen la libertad por sí misma, crean en la justicia, perseveren en la verdad, sirviéndola siempre sin renegarla jamás, y sin capitular jamás con la mentira convencional ó impuesta por la fuerza.

Estos son los títulos al amor, al agradecimiento, á la admiración de sus conciudadanos, que lo hacen merecedor de la apoteosis popular que va á recibir, consagrandolo ante los presentes y venideros su purísima gloria cívica y moral en la región de la inmortalidad en que ha entrado.

XCVI

AL DESCORRER EL VELO DE LAS PLANCHAS DE BRONCE DEL  
SEPULCRO DEL DOCTOR GUILLERMO RAWSON

Una vez más nos encontramos reunidos alrededor de la tumba del Dr. Guillermo Rawson, del inolvidable amigo querido, del sabio maestro, y del ciudadano ilustre, cuya dulce memoria vivirá en nosotros, mientras palpiten nuestros corazones y arda en ellos el amor, al soplo de la vida.

Este monumento fúnebre fué erigido por el óbolo del pueblo, en homenaje á su elevación moral, á sus servicios públicos y á su fecunda inteligencia, coronada por su noble efigie modelada en bronce. El debía llevar por complemento, dos planchas en relieve, que sintetizasen su vida, su carácter y su misión benéfica en pro de la patria y de la humanidad doliente.

El monumento fué inaugurado con sus restos mortales, sin ese comentario simbólico, y quedó así incompleto el pensamiento del artista y el debido tributo popular.

Su distinguida viuda, movida por un sentimiento de amor conyugal más allá de la vida y de la muerte, lo ha completado á su costa con sus pobres medios haciendo ejecutar esos bronce. Ellos lo representan en su doble carácter político y de genio del bien, haciendo escuchar en la tribuna popular su elocuente palabra, y derramando en medio del dolor el bálsamo sagrado de la ciencia y del alivio.

Estos son los bronce que hoy se inauguran, y cuyo velo descorro en nombre de su digna viuda, presentándolos ante los ojos de los admiradores del Dr. Rawson en la vida y en la muerte.

XCVII

DISCURSO DE DESPEDIDA  
DE LA PATRIA EN LA MANIFESTACIÓN POPULAR DE LA  
PLAZA SAN MARTÍN

Buenos Aires, junio 1.º de 1890.

DISCURSO DEL DOCTOR EDUARDO COSTA

General Mitre: El pueblo inmenso que veis aquí reunido, viene á saludaros en el momento en que os disponéis á dejar el suelo de la patria, que tanto habéis servido y tanto habéis amado.

Y no vienen sólo los amigos que compartieron vuestra tarea en la obra gloriosa; vienen también vuestros adversarios de otros tiempos, hoy vuestros amigos; vienen también los extranjeros, vinculados á nuestra suerte, próspera ó adversa; es, en una palabra, el pueblo entero el que viene á presentaros la expresión efusiva de su gratitud impercedera, y sus votos más fervientes por que el reposo que tan justamente habéis conquistado, traiga á vuestras fuerzas la reparación necesaria en bien de todos.

Vuestra vida, general Mitre, ha sido por medio siglo la vida del pueblo argentino.

Después de la caída del tirano, en el parlamento, en la prensa, en los campos de batalla, al precio de vuestra sangre, concurrísteis cual ninguno al triunfo de la libertad, en la nueva era del progreso y de reparación que se iniciaba.

Al frente de la Provincia de Buenos Aires, y sobre esta base histórica, cúpoos la gloria, la más grande en-

tre todas, de reunir á la familia argentina, dispersa cual la de Israel.

Llamado á presidir la reconstrucción nacional, al través de la oposición más ardiente, de las rebeliones del interior, de la guerra extranjera, conduciendo los ejércitos aliados á la victoria, vuestra administración ha quedado grabada con caracteres indelebles en todo corazón argentino, no ya por las grandes obras realizadas, sino como un modelo de pureza administrativa, y de respeto por los derechos de todos.

Al descender de la presidencia, pobre, sin recursos, dejando á la Nación en el pleno goce de su libertad, próspera y feliz, habéis buscado el pan de cada día en el trabajo honrado del obrero que lucha por la vida.

Desde la tribuna del legislador, desde las columnas de la hoja diaria que recibe vuestras inspiraciones, habéis dirigido al mismo tiempo, cual estrella luminosa, la opinión; habéis esculpido en páginas de oro los hechos inmortales de la epopeya homérica de la emancipación americana en vuestros escasos momentos de ocio, y honrado las letras argentinas.

Jamás vida alguna fué más completa entre nosotros. Jamás la acción de un hombre sobre los destinos de su país, en la paz, en la guerra, á la cabecera del enfermo en las grandes calamidades públicas, se extendió por un período más dilatado, ni con más grande eficacia en el sentido del bien.

Os ha cabido, general Mitre, la fortuna que pocos alcanzaron, de asistir en vida al juicio de la posteridad.

Vuestros méritos, vuestros servicios no se discuten: forman parte de la conciencia pública, y son la base del capital político y moral de la Nación.

La afección entusiasta del pueblo os lo ha demostrado siempre, y la persistencia de este sentimiento inalterable, en medio de las vicisitudes de nuestra vida agitada, es un hecho que, si os honra altamente, no honra menos al pueblo que la profesa.

Esta afección que os acompaña, invariable siempre, en

el poder y fuera de él, cuando nada tenéis que dar, ni que ofrecer, es la condenación más solemne de la teoría vergonzosa del éxito, y la prueba más inequívoca de que existe innato en el corazón del pueblo, el sentimiento de la virtud, de la moral y del deber.

¿Por qué razón, general Mitre, se ha preguntado muchas veces, habéis alcanzado una popularidad de que no gozaron ni Rivadavia, ni San Martín, ni Bolívar?

No es, por cierto, por la pureza con que administrasteis los dineros del pueblo; no es por vuestra honradez, por nadie sospechada; virtudes vulgares, de que sólo se hace mérito en épocas de lastimosa depresión moral.

Es sí, en primer término, por la elevación moral de vuestro carácter, no desmentida en cincuenta años de vida pública, ni por una palabra, ni por un hecho.

Es sí, porque, cualesquiera que fueran las apreciaciones que la pasión inspirara en el momento, el pueblo jamás puso en duda ni vuestro patriotismo ni la rectitud de vuestros proceder.

Es, sobre todo, porque depositario del poder en un grado que gobernante alguno alcanzó entre nosotros, en vez de perpetuaros en él, transmitiéndolo á un sucesor, le devolvisteis al pueblo en toda su integridad.

Y es ésta la enseñanza eterna legada por vuestro patriotismo á las generaciones venideras que, si no ha sido fecunda en lo presente, ha de prevalecer al fin, perpetuando vuestro nombre en lo futuro.

Al daros, ahora, General, el saludo de despedida á nombre del pueblo, os aseguro que vuestra ausencia dejará en su seno un vacío, por demás difícil, si no imposible, de llenar.

Al decirnos adiós, no encuentro palabras bastantes expresivas para manifestaros otra vez más la gratitud del pueblo argentino por los servicios inapreciables que le habéis rendido. Y permitidme ahora, General, que con los mejores votos por vuestra prosperidad y por que volváis luego restablecido al seno de la patria, de que sois el hijo predilecto y que necesita aún vuestros servicios, per-



mitidme, digo, que como amigo que os acompaño en la labor, y á nombre de todos y cada uno de los habitantes de esta tierra, admiradores de vuestras virtudes, os dé el abrazo afectuoso de despedida.

### CONTESTACIÓN DEL GENERAL B. MITRE

Señores: Hemos alcanzado días más propicios que los que tocaron á los grandes fundadores de la sociabilidad argentina, que formaron la conciencia de un pueblo libre, y esta grandiosa manifestación popular así lo dice.

Los millares de ciudadanos y de extranjeros asimilados á nuestra vida nacional que veo aquí reunidos, animados de un sentimiento benévolo, y las generosas palabras que me han sido dirigidas en su nombre, me dicen que me hallo en presencia de un pueblo que tiene el instinto sano de la solidaridad social, penetrado de la noble pasión del bien público, que ante todo respeta en los hombres que han ejercido el poder supremo, su consagración á los intereses generales y su anhelo por satisfacer las legítimas aspiraciones de la colectividad, que es lo único que dura y se incorpora á la existencia progresiva de las naciones.

Por eso, esta manifestación de simpatía ofrecida espontáneamente á un simple ciudadano, que no tiene fuerza ni poder, honra tanto al pueblo que la ofrece como al ciudadano que la recibe.

Yo la acepto con profundo reconocimiento, no porque crea que lo merezcan mis servicios en el espacio de medio siglo de lucha y de trabajo, en que todos éramos combatientes y somos colaboradores, sino como un testimonio de que el sentimiento solidario del bien público, que guió y que inspiró todas mis acciones en el gobierno, es lo que me hace vivir aún en la memoria de mis conciudadanos, con cuyos intereses permanentes de todos los tiempos procuré siempre identificarme.

La obra en lo pasado ha sido de todos, porque sin el

consejo de los hombres de buena voluntad que me han acompañado en la tarea, y sin el concurso del pueblo en masa, nada habría podido hacer yo solo para establecer un orden de cosas duradero, contribuyendo á formar la conciencia pública, que es lo que imprime su carácter moral á los pueblos y gobiernos.

El ideal de un pueblo bien constituido, es el equilibrio estable entre la libertad y la autoridad, de manera que pueblo y gobierno formen un conjunto armónico, en que ambos concurren á la normalización del orden y su doble y fecunda acción se prolongue en lo futuro.

De uno de los resultados que nos acerca á la realización de ese ideal, me ha tocado la fortuna de ser agente, al inaugurar la era de los gobernantes responsables, que después de cumplir su mandato, pueden continuar viviendo pacíficamente en su país al amparo de sus leyes, para ser juzgados con equidad por el pueblo según sus méritos, y aun perdonando sus errores en honor de las rectas intenciones, en vez de perseguirlos como en otros tiempos.

Antes, los mandatarios supremos eran condenados al ostracismo ó á la muerte, y se les negaba, como á Rivadavia, hasta el fuego y el agua en la tierra de la patria.

Hoy el pueblo despide con afecto á un ciudadano que fué su mandatario, que va á ausentarse por algún tiempo de su país, confundiendo sus aspiraciones y sus esperanzas en un abrazo de generosa simpatía.

Por esto decía, que habíamos alcanzado días más felices que los que tocaron en lote á nuestros grandes antecesores, que no gozaron ni aun de la recompensa de la popularidad contemporánea, y han tenido que esperar en el sepulcro el homenaje tardío de la justicia póstuma.

Tal es la significación que doy á este acto—además del que la benevolencia de mis conciudadanos ha querido darle—y él nos enseña, que el fallo consciente de la opinión que eleva y abate, recompensa ó castiga, es la ley suprema en las democracias, y que no hay éxito mayor como muy bien acaba de decirse, que la aprobación que se inspira en la moral pública y en el deber cumplido.

En presencia de este hermoso espectáculo, recuerdo las palabras de un viajero, que después de recorrer el mundo, decía que lo único que había aprendido, era á amar más á su patria, reconciliándose con ella. Yo no necesito ausentarme para amar más á la mía. En paz con mi país, con simpatía ó gratitud para todos sus hijos, sin odios para nadie, puedo dar á todos mi adiós á la sombra de nuestra bandera bajo los auspicios del patriotismo.

Me anima la grata esperanza de que, al regresar á la tierra natal, se habrán disipado los nublados pasajeros que enturbian nuestro horizonte lejano, y se encontrarán satisfechas hasta donde es posible, las aspiraciones legítimas de los argentinos y de todos los que en ella viven al amparo de sus leyes hospitalarias, porque el pueblo argentino merece ser feliz, es digno de ser libre, y debe ser gobernado con amor, con equidad y con justicia.

Comprendo, señores, que todo cuanto he dicho, es pávido en presencia de vuestra grandiosa manifestación y después del elocuente discurso que acabáis de oír. Poseído de un sentimiento íntimo que llena todo mi ser en este momento, no encuentro palabras con que expresar mi profunda y eterna gratitud por el alto honor que se me dispensa con tanta generosidad, y tan sólo puedo aseguráros, para corresponder de algún modo á él, que si viniesen días de prueba, mi puesto será al lado del pueblo, á quien me debo y á quien debo todo.

Con mi más profundo agradecimiento á todos los presentes por el honor tan generosamente dispensado, hago votos cordiales por la felicidad de todos y cada uno de los presentes y también de los ausentes.

XCVIII

CANDIDATURA DE SOLUCIÓN NACIONAL

PROCLAMACIÓN DE LA UNIÓN CÍVICA

Marzo 18 de 1891.

1

Conciudadanos:—Repito en este momento solemne, en presencia del pueblo aquí reunido, las palabras que al través de los mares dirigí á mis conciudadanos.

Designado como candidato para la presidencia de la República por los representantes de la opinión de las provincias argentinas, reunidos en la Convención del Rosario, promovida por la Unión Cívica, acepto la proclamación, ó como una solución nacional, ó como una reivindicación de la libertad del sufragio universal.

Tal es mi programa electoral: ó la supresión patriótica de la lucha por el común acuerdo de todas las voluntades, bajo los auspicios de la libertad; ó la lucha, aun aceptando de antemano la derrota, si se pretendiese sofocar el voto público por la coacción ó la violencia, lo que espero que nadie intentará.

Entiendo por solución nacional, la fundación de un gobierno de todos y para todos, que condense en torno suyo todas las fuerzas morales y materiales del país, á fin de que sea eficiente para el bien, cure los males que nos aquejan, normalizando la situación económica, y traiga la